



HENRY GEORGE

VENGA A NOS
EL TU REINO

ARGENTE

HENRY GEORGE
SU VIDA
SUS DOCTRINAS

BL425
G4

R. C.



1020024892

VENGA A NOS EL TU REINO

Por Henry George

El domingo 28 de abril de 1889, Mr. Henry George, pronunció el siguiente discurso en la casa Ayuntamiento de la ciudad de Glasgow. El tema que desarrolló fué el que sirve de título a estas líneas. El local se llenó mucho antes de comenzar la hora de la disertación.

He aquí el discurso de Mr. George:

Todos hemos sido unidos por la más solemne, la más sagrada, la más católica de todas las plegarias: *El Padre nuestro que estás en los cielos*. Todos los que la hubimos de aprender en nuestra infancia, cuán dulces y tiernas emociones se nos ha hecho sentir por ella. Unas veces con sentimiento, otras, como práctica corriente. ¿Cuántas veces lo habremos repetido? Siglo tras siglo, día tras día, hora tras hora, esta plegaria ha prevalecido quizá más que ninguna.

Venga a nos el tu reino. ¿Mas ha llegado acaso? Que nos responda la cristiana ciudad de Glasgow—Glasgow que había de florecer bajo la predicación de la eterna palabra: *Venga a nos el tu reino*. Día tras día, semana tras semana, siglo tras siglo, ha sido repetida esta plegaria; y hoy en la mal llamada cristiana

ciudad de Glaslow, 125,000 seres humanos—según vuestros registros médicos—125,000 hijos de Dios, viven amontonados, teniendo cada familia por albergue, una sola habitación.

Venga a nos el tu reino. Rogando de continuo para que viniese, aun todavía no ha llegado. Tanto ha tardado y tarda que muchos piensan que jamás llegará.

He aquí el punto principal que nos hace considerar la diferencia existente entre nuestro cristianismo actual y aquel de la edad antigua que conmovió los cimientos del mundo antiguo, aquel cristianismo que bajo la corrompida civilización pasada, plantó la semilla de una más nueva y de una más alta. Se nos ha acostumbrado a pensar que el *Reino de Dios* no se había de entender para este mundo de Satanás, y que el *Reino de Dios* está en otra región, a la que El ha de conducir a los buenos cuando mueran, de un modo análogo al que en una ocasión se dijo, que los buenos americanos cuando muriesen resucitarían en París.

Pero si ello es así, ¿para qué el rogar ni qué significa el sentido de esa plegaria? ¿Es Dios—el Dios del cristianismo—el Todopoderoso, el amante Padre que Cristo dijo, es El quizá, un monstruo, como un dios de tal índole sería, un dios, que observando este mundo, ve sus sufrimientos y sus miserias, ve sus facultades malogradas, las vidas tronchadas, la inocencia

presa del vicio y del crimen, las fibras del corazón violentadas y rotas y todavía estando en su poder, no nos trae ese reino de paz y de amor, de abundancia y de dicha? ¿Es Dios quizás un déspota, egoísta, que necesita ser adulado para obligarle a hacer el bien que pueda?

Piénsese bien en ello. El Todopoderoso— y lo digo con toda reverencia— el Todopoderoso, no puede traer este *Reino* por sí mismo.

¿Por qué, pues, entonces se le llama el reino de Dios, el reino que Cristo nos enseñó a rogar por él? Ese reino no depende de la voluntad de Dios, porque no se trata de autómatas, de animales, que son compelidos a obrar, sino de existencias inteligentes hechas a su imagen y semejanza, dotadas de libre voluntad y de conocimientos para discernir el bien del mal.

Suedemberg nunca dijo una verdad más alta y más profunda, más en armonía con un filósofo cristiano, que cuando dijo que Dios no ponía a nadie en el infierno; que los demonios fueron al infierno, porque prefirieron el infierno a los cielos. Los espíritus del mal serían infelices en un lugar donde reinase el espíritu del bien; apasionados por la injusticia y amantes de ella, su condición sería la más miserable en donde la justicia fuese la ley inflexible.

Y del mismo modo, Dios no puede colocar las criaturas inteligentes, dotadas de libre voluntad en condiciones donde forzosamente ten-

gan que obrar rectamente, sin destruir por ese mismo hecho, esa misma libre voluntad. ¡Sí! ¡sí! *Venga a nos el tu reino*. Cuando Cristo nos enseñó esta plegaría, El no quiso decir que los hombres moviesen sus labios solamente, sino que para que ese Reino llegue, es preciso trabajar tanto, como rogar.

Considerad lo que es la plegaría. ¡Cuán verdadera es la antigua fábula! El carretero cuya carreta se atascó en el camino se hincó de rodillas rogando a Júpiter, que se la sacase del atolladero. Podría haber estado rogando hasta el día del juicio y seguramente la carreta no se movería del mismo lugar. Esa palabra, la palabra de *Dios*, no es un género de palabra que por la virtud de su repetición, se ha de sacar una carreta del fango, o ha de salir la miseria de sus tugurios. El que quiera orar con efecto, ha de acompañar la acción a la plegaría.

Padre nuestro, que estás en los cielos. No un déspota que gobierna al mundo por arbitrarios decretos, sino un padre, un amante padre, *nuestro* padre, el padre de todas las existencias fué el que nos envió a Jesucristo. El es nuestro padre y nosotros somos sus hijos. Pero hay hombres que al mirar en derredor de sí, reinando el sufrimiento y la miseria, aun en los países más fervientemente cristianos, dicen que no existe tal Padre en los cielos, que no existe Dios, porque de existir no permitiría eso.

¡Cuán superficial es este razonamiento!
¿Qué haríamos nosotros mismos como padres,
en favor de nuestros hijos? ¿Hay algún hom-
bre que teniendo conocimiento del mundo y
de las leyes de la vida humana, encerrase a su
hijo con la esperanza de que así no obraría mal
y no tendría penas? ¿Qué le resultaría de se-
guir esa conducta? ¿Qué habría obtenido un
animal doméstico en lugar de un hombre re-
flexivo. Nosotros somos los hijos de Dios. Dé-
jese a uno de éstos caer en el agua y si no sabe
nadar seguramente se ahogará. Y aunque su-
piese nadar, si hay mucha distancia a tierra
y no tiene a la mano un bote o algo para soste-
nerse, también se ahogará. Dios pudo cierta-
mente haber hecho a los hombres de tal mane-
ra que supiesen nadar como peces; ¿pero cómo
podría hacerlos de modo que siendo peces, pu-
dieran ser al mismo tiempo depósitos de un
alma inteligente y adaptarlos a todos los pro-
pósitos que requiere el uso de la razón? Dios
puede hacer un pescado; puede hacer también
un pájaro. ¿Pero podría hacer, siendo las leyes
del mundo como son, un animal que nadase
tan bien como un pez y volase con la per-
fección de un pájaro? Es verdad que la supre-
ma inteligencia que nos vemos forzados a re-
conocer en el admirable orden de la Naturaleza
es ciertamente omnipotente, pero esto no quiere
decir que sus leyes puedan contradecirse ni
estén en pugna manifiesta.

Nosotros somos los hijos de Dios. ¿Quién es
Dios? ¿Quién podrá decirlo? Pero todos los
hombres saben que debe existir algo que haya
hecho brotar a la Naturaleza de la nada: que
existe una suprema inteligencia mucho más
grande que la que el hombre aloja en su alma,
pero semejante a ella, aunque no sea más que
en un grado infinitesimal.

Sí, nosotros somos sus hijos. Nosotros, en
cierto modo gozamos de ese *poder* que ha sido
ejercitado en traer el universo a la existencia.
Considerad esos grandes buques por los que
el puerto de Glasgow es famoso sobre todos
los del universo. Considerad uno de esos tras-
atlánticos, tales como el *Umbría* o el *Etruria*,
el *Ciudad de Nueva York* o el *Ciudad de París*.
Existen en el Océano, que tales vapores hien-
den, puercos marinos, ballenas, delfines y
otros géneros de gigantescos peces. Ellos son
hoy como eran cuando César pasó a estas is-
las, como eran antes que el primer bretón bo-
tase al agua su bote cubierto de cuero. El
hombre de hoy no puede nada sino lo mismo
que el hombre primitivo, pero véase cómo por
su inteligencia ha avanzado más y más, cómo
ha desenvuelto su poder hasta tal punto que
hoy cruza el Océano con más ligereza que el pez
más monstruoso. Considerad uno de esos gran-
des trasatlánticos desarrollando su fuerza a
través del Océano, recorriendo 400 millas dia-
rias, aún en contra de la más violenta tempes-

tad. ¿No son estos buques, en cierto modo, el producto de una especie de Dios, una máquina en cierto modo también semejante a los peces que nadan bajo su cubierta? He aquí la distinción entre los animales y el hombre. He aquí el ancho e impasable golfo que los separa.

El hombre entre todos los animales es el solo *hacedor*. El hombre entre todos los animales, es el que sólo posee ese poder semejante al de Dios de adoptar los medios al fin. ¿Y es posible, que el hombre que goza de ese poder, que cruza el Océano en seis días, aún todavía no posea el poder de abolir las condiciones sociales que hacen vivir a familias amontonadas en una simple habitación? Cuando nos paramos a considerar el gran poder del hombre, y lo miramos sumido en la miseria, que hoy subsiste en medio de la más espléndida riqueza en la ignorancia, en la debilidad y en la injusticia, que caracterizan a nuestra esplendente civilización, podemos asegurar con completa confianza que ello no es por culpa de Dios, sino por culpa del hombre. Podemos asegurar que en ese alto poder que Dios ha otorgado a sus hijos, en ese poder de elevarse más y más, está necesariamente envuelta la facultad de caer hasta el fondo de un abismo insondable.

Padre nuestro, sí, *Padre nuestro* le llamamos. ¿Pero de quién? No decimos, ciertamente, Padre mío; esa no es la plegaria, sino Padre

nuestro. Padre de todos los hombres, no de una secta, ni de una clase determina la. El es a quien rogamos que nos traiga su reino; sí, nosotros se lo imploramos con nuestras bocas, cuando caemos de rodillas para orar. Pero este Padre común, este Padre de todos los hombres, es a quien precisamente estamos negando con nuestras instituciones.

El Padre universal que hizo al mundo y creó al hombre a su imagen y semejanza, y lo puso sobre la tierra para subsistir a expensas de su seno, con solo ejercitar su trabajo sobre ella, es el que estamos negando con nuestras instituciones, sí. Porque si no, ¿por qué siendo El el Padre común, no han de tener todos sus hijos iguales derechos a sus bondades? ¿Y todavía, nuestras leyes nos enseñan que esta tierra que es de Dios, no es por igual de todos sus hijos, sino sólo de unos pocos privilegiados! Existe un breve diálogo que fué publicado en los Estados Unidos, no ha mucho tiempo. Es posible que vosotros lo conozcáis.

Tiene lugar entre un padre y su hijo, durante una visita que hicieron a una fábrica de ladrillos. El muchacho observaba a los obreros empleados en la fabricación, y preguntó quiénes eran aquellos hombres tan sucios, qué hacían con la arcilla y para qué hacían lo que estaban haciendo. Satisfecha su curiosidad, preguntó entonces por el dueño del yacimiento de arcilla. Se dijo que el amo no hacía ladrillos;

que él sacaba su renta por dejar a los demás que trabajasen en su yacimiento. El chico siguió preguntando que con qué títulos se poseían los ladrillos y se le respondió, que ese derecho provenía de haberlos hecho los hombres. Entonces replicó, cómo el dueño del yacimiento tenía derecho a él. ¿Lo había hecho acaso?

—No—se le dijo—. El yacimiento lo había hecho Dios. Y entonces—insistió el chico—Dios lo había hecho para aquel hombre, que era su dueño actualmente. A lo que el padre hubo de responderle que no podía satisfacer su pregunta, pero que de cualquier modo que fuese, aquello era justo y estaba en concordancia con la ley de Dios. Entonces el muchacho que era por supuesto un estudiante y holgaba el domingo, en el cual día había asistido a la función religiosa de costumbre, volvió la espalda murmurando: *que Dios amaba tanto al mundo, que había enviado a su hijo único para morir por todos los hombres*; pero El de tal manera amaba al dueño de aquel yacimiento, que no sólo le había mandado su hijo para salvarlo, sino que además le había dado un yacimiento también.

Es claro que esto envolvía una blasfemia. Yo no os lo he referido para dar motivo a la burla, porque yo no acostumbro a hacer burla de las cosas sagradas. Mas permitidme todavía que vuelva a insistir sobre la misma idea. La idea que nos ha enseñado el cristianismo.

El pensamiento de la vida y muerte de aquel que fué enviado para morir por los hombres. Pensad en sus enseñanzas, reflexionad que El nos dijo que todos somos los hijos iguales de Dios, sin gradación de personas, y entonces comprenderéis esta injusticia legal, esta negativa del más importante y fundamental derecho de los hijos de Dios, que tantos hombres, que profesan el cristianismo, abrazan y defienden.

Sí, lo que estos hombres aseguran no es sino una blasfemia, una negación de la providencia omnisciente de Dios. Mucho más lógico y más elevado es para mí el ateo que niega la existencia de Dios, que el cristiano, que ensalzando la bondad y paternidad de Dios, nos enseña otra cosa en sus palabras, o nos dice indirectamente, como otros hacen, que millones y millones de seres humanos (*en este instante llora un chicuelo en el local*) nacen condenados a la privación, o que millones y millones de hijos de Dios, como ese pequeño que llora, han venido al mundo por la palabra creadora, y no hay lugar señalado por la providencia para ellos. ¡Ah! Decid que por las leyes de Dios los pobres son creados para que los ricos tengan la satisfacción evangélica de ejercer su caridad para con ellos; decid que un estado de cosas, como el que observamos en la ciudad de Glasgow, como en otras populosas a entrambos lados del Atlántico, donde tiernos infan-

tes mueren cada día por cientos de miles, después de haber venido al mundo por el decreto de Dios, ni hallan en él espacio ni ambiente para vivir; decid que ellos son arrojados de la tierra, propiedad de Dios, porque ellos no tienen albergue donde posar, ni aire qué respirar, ni alimento para subsistir. Si ello es así, yo no creo en semejante Dios. Y si este existiera, no obstante, aunque me viese obligado por el temor a adorarle, lo odiarían en el fondo de mi corazón. ¿Qué no hay albergues para los hijos de Dios! Mirad en torno vuestro, observad cualquier país civilizado; ¿y no hay albergue suficiente y aún sobrante? ¿Y no hay alimentación bastante? Observad el trabajo sin empleo, observad grandes superficies vacías, mirad hacia cualquier país y encontraréis las oportunidades naturales existiendo hasta la exageración. ¡Ah! El cristianismo que atribuye al Creador los sufrimientos, las miserias y la degradación que son debidas a la injusticia del hombre, es peor, mucho peor, que el ateísmo. Porque representa una blasfemia y si existe un pecado contra el Espíritu Santo, ese cristianismo es un pecado imperdonable.

Porque seguid considerando la plegaria. *El pan nuestro de cada día dánosle hoy.* La semana pasada tuve ocasión de pasar por un hotel, que no era otra cosa que un balneario. Un centenar, o más de huéspedes, se sentaban a la mesa. Antes de que empezasen a comer, un

hombre puesto de pie, daba gracias a Dios, orándole que nos hiciese agradecidos a sus infinitas bondades. Cada vez que se repetía la ocasión, la misma oración se recitaba sobre la mesa atiborrada de manjares. ¿Qué querrán los hombres significar con esto? ¿Es ello burla o qué es?

Si Adán cuando fué arrojado del Edén, se hubiese sentado y comenzando a rezar, podía haber estado orando hasta nuestros días, sin tener qué comer, a menos que hubiese trabajado para ello. Ciertamente, el alimento es un don de Dios. Pero El no nos da la comida condimentada, ni los vegetales hechos ensalada, ni nos pone la mesa ni cose los trajes. Lo que Dios da es la oportunidad de producir estas cosas, o de obtenerlas por el trabajo.

Su mandato es, según dice la escritura y nos lo muestra la naturaleza en los hechos, que por el trabajo podremos tener todas las cosas necesarias a nuestra existencia. La naturaleza es pródiga para el trabajo y para nada más. Lo que Dios da, es por consiguiente, los elementos naturales que son indispensables para el ejercicio del trabajo. El los da no a uno, no a algunos tampoco, no a una generación, sino a todos en general.

El da, pues, sus dones a toda la raza humana. Y sin embargo, ¿qué es lo que vemos todos en los países más civilizados? Que unos cuantos hombres se han apropiado esas oportuni-

dades, esos elementos para el ejercicio del trabajo, llamándolos suyos, mientras la inmensa mayoría no tiene derecho legal para aplicar su trabajo a los depósitos de la naturaleza y vivir de la bondad del Creador. Y así acontece, que sobre el mundo civilizado, la clase que es llamada peculiarmente la clase trabajadora, es la clase más pobre, y la clase que no trabaja, la que se jacta de no haber trabajado nunca y de descender de padres y abuelos que jamás en su vida supieron lo que fuese el trabajo, nadan en la abundancia de las cosas, precisamente, producidas por el trabajo.

Mr. Abner Thomas de Nueva York, un ortodoxo presbiteriano e hijo de aquel doctor Thomas famoso en América si no aquí, pastor de una iglesia presbiteriana en Filadelfia y autor de un comentario sobre la Biblia, que es todavía una obra maestra, escribió, hace poco tiempo, una alegoría titulada *Un sueño*. Dormitando en su silla, imaginó que era conducido a través del Río de la Muerte hasta llegar a un estrecho y áspero camino, que le condujo a las puertas del cielo. Un elegante y estirado ángel abrió la puerta, y después de preguntar su nombre le dejó pasar, no sin antes advertirle que procurase, al buscar amistades, el no echarse por amigos a los ángeles de mal pelaje.

¡Cómo!—dijo el recién llegado, con asombro—, ¿no estoy quizás en el cielo?

—Sí—le respondió el guardián—pero aún aquí hay su buena parte de ángeles vagabundos.

—¿Cómo puede ser eso?—Dijo Mr. Thomas en su sueño—yo opinaba que todo el mundo nadaba en la abundancia en los cielos.

—Así ocurría hace algún tiempo—dijo el guardián—. Y si alguno quería tener un arpa pulimentada y brillante o las alas, elegantemente peinadas, tenía que hacérselo él mismo. Pero las cosas han cambiado, desde que nosotros hemos adoptado aquí el mismo régimen de propiedad privada que vosotros tenéis en la tierra, en los países civilizados, y hemos visto que ha sido un gran progreso sobre todo para la clase distinguida.

Entonces el guardián dijo también al nuevo compañero, si él había decidido dónde iría a alojarse.

A lo que respondió Mr. Thomas: —Yo no quiero alojarme en ninguna parte. Yo me iré a aquella colina, esmaltada de verde follaje que se aparece no muy lejos y allí me quedaré.

Yo le aconsejo que no haga eso—respondió el guardián—. El ángel dueño de esa colina, que decís, no suele ser blando con los que abusan de sus derechos. Hace algunos siglos, como ya os he dicho, que nosotros introdujimos el sistema de propiedad privada con respecto al terreno del Cielo. Así es que dividimos el suelo y todo hoy pertenece a sus legítimos dueños.

¿Pero yo habré sido considerado en esa división?—dijo Mister Thomas.

No—le respondió el guardián—pero si queréis trabajar y haceros propietario, no tenéis sino afanaros en un par de siglos y así podréis fácilmente adquirir un buen pedazo de terreno. Tendréis un par de alas, que se os darán gratis, conforme lleguéis al sitio que se os señale; sin dificultad podréis hipotecarlas para manteneros unos cuantos días, mientras encontréis trabajo. Pero os advierto que os deis prisa, porque nuestra población aumenta sin cesar y cada vez hay mayores dificultades para hallar trabajo.

¿En qué podré yo ocuparme?—dijo Mr. Thomas.

Nuestras industrias principales—respondió el ángel—son la fabricación de arpas y coronas y el cultivo de los jardines. Pero en lo que hay mejor probabilidad de adquirir pronta colocación, es en el servicio doméstico.

Yo prefiero la ocupación de los jardineros—dijo Mr. Thomas. —Me iré pues, a trabajar, para criar muy bellas flores y poder vivir de ellas. Ahí hay una extensión muy apropiada para ello, y parece que nadie la usa. Me iré a ese pedazo de tierra y la cultivaré con esmero.

Siento deciros—respondió el guardián—que no os es dado hacer como decís. Esa extensión es propiedad de uno de nuestros más elevados ángeles, que se ha enriquecido mucho por el

incremento del valor del terreno, y ahora ha escogido ese pedazo para aprovecharse del alza que con el tiempo ha de tener. Para trabajar en él necesitaríais o comprarlo o tomarlo en arrendamiento y hoy no contáis con recursos para ello.

Y así transcurre el cuento, describiendo cómo los caminos de los cielos y las calles de la Eterna Jerusalén estaban invadidos por insolubles y vagabundos ángeles, que habían empuñado sus alas y estaban caídos en el mismo Cielo.

Os reís, porque esto os parece ridículo. Pero hay un fondo moral en ello, digno en verdad de ser considerado. Pues ¿por qué nos ha de parecer ridículo el imaginar que se apliquen en el Cielo de Dios, las reglas que han precedido a la división de la tierra del mismo Dios, sobre todo cuando contididamente rogamos que la Divina Voluntad *se haga en la tierra como en el cielo?*

Pensando rectamente, es claro que es imposible imaginar el Cielo regido como está regida la tierra. Pero si lo suponemos así, veremos sin esfuerzo alguno, que no importa cuán puro fuese su aire, que no importa cuán espléndida fuese su vegetación, para que allí mismo existiese el sufrimiento y la miseria, si los cielos se hubiesen dividido como se ha dividido la tierra. Y reciprocamente, si los hombres obrasen en la tierra, co-

mo es de suponer que se obra en los cielos. ¿No sería entonces la tierra una fiel imagen del Cielo. *Venga a nos el tu reino*. Ninguno podría imaginar lo que significa este reino, sin percibir que debe ser un reino de justicia y de igualdad, no ciertamente de condición o naturaleza, sino igualdad de oportunidades para satisfacer las necesidades de la vida. Y ninguno tampoco acertará a alcanzar lo que significa este reino, sin que vea inmediatamente que el reino de Dios vendría sobre la tierra, si los hombres se afanasen por hacer reinar la justicia, si los hombres reconociesen sin dificultad el principio fundamental del cristianismo, *de no hacer a los demás sino lo que nosotros quisiéramos que se nos hiciese a nosotros mismos*, si los hombres reconociesen que todos somos hijos de un solo Padre, igualmente facultados para participar de sus bondades, e igualmente poseedores del mismo derecho para vivir plenamente nuestras vidas y desenvolver nuestras facultades por la aplicación del trabajo sobre el material desnudo, que El sólo ha producido. ¡Ah! cuando un hombre ha concebido esto, entonces puede albergar la esperanza de la venida de ese reino, que introdujo en la antigüedad el Evangelio a través de las calles de Roma, que se paseó sobre las tierras de paganismo y le hizo ser, a pesar de las persecuciones más tremendas, la religión dominante en el mundo.

El primitivo cristianismo no quería dar a entender, en su tierna plegaria por la venida del reino de Dios, que ese reino fuese el de los cielos, sino un reino sobre la tierra. Si Cristo se hubiese limitado a los cielos, no habría sido entonces perseguido por los fariseos, ni los soldados de Roma lo hubiesen clavado en una infamante cruz. ¿Por qué fué perseguido el cristianismo? ¿Por qué sus primitivos fieles fueron arrojados a las bestias feroces, quemados vivos para servir de antorchas en los jardines de los tiranos, cazados, torturados, condenados a muerte, por los más crueles procedimientos que su ingenio diabólico pudiera sugerir? No ciertamente porque era una religión nueva que dirigía sus miras sólo a lo porvenir. Roma era en extremo tolerante con todas las religiones. Su mayor timbre fué siempre, que todos los dioses de los pueblos sometidos a su soberanía tuviesen un lugar en su *panteón*. Su mayor complacencia fué en todo tiempo, que no hubiese conflictos con las religiones de los pueblos que conquistara. Lo que fué perseguido no era otra cosa que el gigantesco movimiento, que engendró en pro de la reforma social *el Evangelio de la justicia*, escuchado la vez primera por rudos pescadores con alegría, y llevado después por el clamor de los trabajadores y esclavos al corazón de la ciudad imperial.

La revelación cristiana era la doctrina de la igualdad humana, de la paternidad de Dios,

de la hermandad de los hombres. Ella atacó los cimientos del tirano que entonces oprimía al mundo civilizado; ella rompió las cadenas de la cautividad y las ligaduras de los oprimidos; ella mostró a la faz del mundo entero la monstruosa injusticia que permitía a una clase vivir a expensas del trabajo, mientras la clase trabajadora apenas tenía qué llevar a su boca. Esta es la verdadera causa de por qué el cristianismo fué perseguido.

Y cuando se vió que no podía ahogársele, entonces las clases privilegiadas lo adoptaron y pervirtieron la verdadera fé, e hicieron de su triunfo, no el triunfo de la religión primitiva, sino de un cristianismo adulterado, que aunque mucho más extendido, no fué sino el esclavo de las clases privilegiadas. Y en lugar de predicar la esencial paternidad de Dios y la universal fraternidad de los hombres, sus más altos representantes ingertaron sobre la pureza del Evangelio la blasfemante doctrina de que el *Padre común* era considerador de personas, y que por su voluntad y mandato, reinaba sobre la tierra la monstruosa injusticia que condenaba a la inmensa masa de la humanidad a la dureza de un trabajo sin recompensa.

No ha sido pues, culpa del cristianismo el que se entronice la iniquidad, sino culpa del cristianismo, que se enseñó después de su triunfo oficial.

Nada es más claro que si todos somos hijos de Dios, todos tenemos idénticos derechos a sus dones. Nadie se atreve a negarlo. Pero hay hombres que ahogan la voz que pugna por salir de su corazón, diciendo: *Sí, es verdad; pero no es posible llevar esa verdad a efecto.* Soberbia manera de discurrir.

Este es el mundo de Dios. Y todavía hay hombres que confiesan que en el mundo de Dios no hay manera de llevar la voluntad de Dios a efecto. ¡Cuán monstruoso absurdo y cuán monstruosa blasfemia! Si Dios, en efecto, es el rey de toda la creación, si sus leyes son las leyes no sólo del universo físico, sino del universo moral debe haber algún modo de llevar su voluntad a efecto, debe existir algún medio para asegurar iguales derechos a todas sus criaturas.

Y así es en efecto. Los hombres que niegan que existe algún modo practicable de llevar a efecto la percepción de que todos los seres humanos son hijos iguales de Dios, cierran sus ojos ante un camino llano y patente. Es, por supuesto, imposible en una civilización como la nuestra, dividir la tierra en partes iguales.

Tal sistema se pudo seguir en un estado social primitivo, tal como aquel en que se promulgó la ley mosaica.

Nosotros hemos progresado en civilización de un modo tan grosero, que no hemos adelantado un paso, o no hemos podido adelantarlo.

con arreglo a los desiertos de la divina Providencia. Existe un medio de asegurar iguales derechos a todos los hombres, no dividiendo la tierra en partes iguales, sino tomando para uso de todos el valor inherente a ella, no como resultado del trabajo individual ejercido sobre la misma, sino el total del valor del suelo como resultado del incremento de población y del progreso de la sociedad.

De este modo todos los súbditos de un Estado estarían igualmente interesados en la tierra de su país. Si alguno quisiese usar una extensión de más valor que la de su vecino, debe pagar un impuesto o renta mayor. Si alguien no quisiera usar directamente de la tierra, no por eso dejaría de estar igualmente interesado o no dejaría de tener su participación en la renta proveniente de ella.

He aquí el simple medio. Y medio de tal naturaleza que imprime al hombre que percibe su belleza, una idea de la beneficencia de la Providencia, más grande y más viva que la que pueda inspirarle todo lo que existe en el mundo.

Diríjase una mirada en torno de la naturaleza. Ora se consideren las estrellas con el auxilio poderoso del telescopio, ora el microscopio nos revele esas maravillas encerradas en una gota de agua o mirando al cuerpo humano observemos su compleja constitución, o dirigiendo nuestras miras a los reinos orgánicos sorprendamos ese asombroso enlace de unos

con otros, nos vemos forzados a admitir la existencia de un inventor y ordenador supremo y de que existe una intención determinada, un fin.

Tan grande es este sentimiento, tan natural para nuestras almas, que aun cuando muchos nieguen la existencia de un creador, se ven obligados, no obstante, a hablar de fines y de intentos.

Las extremidades de un animal son acomodadas para correr sobre la tierra, las de otro para deslizarse sobre las aguas. Pero aunque observando la naturaleza, encontramos la obra de la inteligencia, no hallamos de un modo tan fácil resplandecer la beneficencia. Pero en el gran hecho social de que al crecer la población y avanzar el progreso y la civilización la única cosa que crece constantemente en valor es la tierra, podremos hallar la prueba de la beneficencia del Creador.

Porque considerad lo que este hecho significa. El viene a probar que las leyes sociales están adaptadas al progreso del hombre. En un estado primitivo de la sociedad en donde no hay necesidad de hacer gastos para servicios públicos, allí no existe valor alguno para la tierra. Las únicas cosas que tienen valor, son por el contrario, las producidas por el trabajo. Pero a medida que la civilización avanza, tan pronto como aparece la división del trabajo y los hombres se congregan en gran-

des masas de población, así van creciendo las necesidades públicas de un modo gradual, y así, por consiguiente, se va elevando la renta o fondo para satisfacer esas necesidades.

Y así, en ese valor de la tierra, en cuya creación para nada interviene la acción individual, sino que es el resultado de la densidad de población, podremos ver la *provisión acordada*— así lo podemos decir con bastante seguridad— para hacer frente a las necesidades sociales.

Tan pronto como la sociedad se desarrolla, le va siguiendo en su desenvolvimiento el valor inherente a la tierra, el *fondo providencial* con cuyo auxilio las necesidades públicas quedan atendidas.

He aquí el valor que debe ser tomado sin necesidad de quebrantar el derecho de propiedad, sin necesidad de arrancar nada al productor, sin necesidad de aminorar la natural recompensa de la industria y del trabajo. Sí, ese es el valor que debe de usarse, si es que se quiere acabar con el más monstruoso de todos los monopolios.

¿Y qué es lo que esto significa en definitiva? Esto significa que en el vasto plan de la creación, el desarrollo de la civilización tiende cada vez más a la igualdad de todos los hombres en vez de propender más y más a una desigualdad monstruosa.

¡Venga a nos el tu reino! Tal vez nosotros no lo veamos, más el hombre que haga por ello

lo que pueda, el hombre que trabajó sin descanso para hacer existir el *reino de Dios* sobre la tierra siempre tendrá, aunque no vea este reino, una recompensa sin igual. La recompensa de haber experimentado que él, aunque tan pequeño e insignificante como se quiera, contribuye a hacer venir ese reino, coopera para hacer reconocer ese poder bondadoso que se nos revela a través de la naturaleza entera, suma sus esfuerzos al empuje total para arrancar el mundo de las garras del demonio y hacer un hecho sobre la tierra la existencia del reinado de la justicia.

Y aunque jamás llegara, todavía quien luche porque llegue, sentirá en el fondo de su corazón que ese reino debe existir en alguna parte, él percibirá que en algún sitio y alguna vez, quien se esfuerce por hacer venir ese reino, serále dada la bienvenida, y entonces para él, aunque fuera sólo para él, el Rey Eterno tendrá preparado su *Reino* al decirle: Nada temas, siervo bondadoso y fiel, entra en el gozo de tu Señor.

BIBLIOTECA SOCIOLÓGICA

HENRY GEORGE

SU VIDA — SUS DOCTRINAS

POR

BALDOMERO ARGENTE



099053

MADRID
RENACIMIENTO
SOCIEDAD ANÓNIMA EDITORIAL
Pontejos, 8.
1912

16145



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

ES PROPIEDAD

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO Y EDITORIAL.—PONTEJOS, 8

Al Excmo. Sr. D. José Canalejas y Méndez

HOMENAJE

BALDOMERO ARGENTE